

SEXTO TRIMESTRE, 21 de diciembre 1838

---

CAPILLADA 102. (50 DE MADRID.)

---

## FR. GERUNDIO.

---

---

*Si quis dixerit causam nostrarum omnium calamitatum non esse virgulitam quandam, si sapientissimo Tirabequi meo credendum est, anathema sit.*

---

Si alguno digere que la causa del pícaro estado en que nos encontramos, si se ha de creer al respetable dictámen de mi sapientísimo Tirabeque, no es un tilde de una letra, le declaro sujeto á reeleccion.

CONC. 3. GERUND. CAN. 24.

---

EÑE, Ó, TILDE, ÑO.

---

¿Qué mil diablos has hecho aqui, lego de Judas?—Pues qué, señor, ¿se llama vd. Judas ahora?—Oiga vd., señor Tirabeque, á mi no hay que venirme con chufletas.—Señor, como

me llama vd. lego de Judas y soy su lego de vd., parece que es darme á entender que se llama vd. Judas ahora.—Vaya, no tengo gana de chanzonetas, repito. Lo que te digo es que qué mil diablos has hecho en estas pruebas.—Corrigirlas, señor.—Pero hombre, ¿quién te ha metido á ti á corrector de pruebas?—Señor, cómo en la capillada última se quejaba vd. del tiempo que tenía que gastar en corregir, yo así que acabé de espumar el puchero, cogí la pluma, y púseme á hacer la incorricion de las pruebas para que cuando vd. viniese se encontrara este trabajo hecho, y pudiera decir: «este Tirabeque vale un Perúl: él lo mismo maneja con la mano la espumadera que la pluma: tan útil es para sazonar un puchero como para corregir una capillada.»—Si si: no está mala tu utilidad ¡Ay de aquel, Tirabeque, que deja la paleta de embarrador por el cincel del estatuario! ¡Ay del que suelta la reja ó el azadon para empuñar el buril ó el pincel! ¡Ay del que cambia el escoplo ó la podadera por la espátula ó la lanceta! ¡Ay del que estando destinado á manejar la espada la arrincona ó desennida por querer manejar la peñola! ¡Y ay, Pelegrin, del que como tú sustituye la pluma á la espumadera! Pasaron,



Tirabeque, los tiempos de los Camilos, de los Régulos, y de los Coriolanos. Ahora el que ha de desempeñar regularmente su profesión ó su oficio, tiene que mamarlo, como se suele decir, desde la cuna; y aun así sabe Dios los trabajos que hay.

Y sinó mira, ya tengo yo que empezar á corregir tu misma correccion. Aquí en vez de *moño* has puesto *mono*; y en lugar de *año*, *ano*: ¿te parece que no importa nada un tilde, hombre? ¡Toma, toma! No es nada el polaje que has hecho aquí mas abajo! Aquí decía: «*si la campaña pasada próxima no se hace con mas empeño que la de antaño; si siempre hemos de ser bisonos en el modo y maña de hacer la guerra; si el terror del cañon no contiene la saña del enemigo; si se deja á este salir impune de sus montañas y sus breñas, y recorrer libremente nuestras campiñas; es preciso desengañarse y deponer toda esperanza alagüeña, escusado es soñar en triunfos, nuestro daño será cierto y nuestro desengaño terrible.*»

Y segun tu correccion viene á resultar este castellano: «*si la campaña prógima nose hace con mas empeno que la de antano: si siempre hemos de ser bisonos en el modo y ma-*

na de hacer la guerra: si el terror del cañón no contiene la sana del enemigo; si se deja á este salir impune de sus montanas y sus breñas, y recorrer libremente nuestras campinas: es preciso desenganarse y deponer toda esperanza alagüena; escusado es sonar en triunfos; nuestro dano es cierto y nuestro desengano terrible.»

¿Qué te parece del lenguagíto este, mancebo? Muy elegante, ¿no es verdad? ¿A quién sino á ti le podia ocurrir quitar todos los tildes de las *eñes*? Majadero, ¿á ti no te enseñaban en la escuela, *eñe*, *ó*, *tilde*, *ño*? En fin en ti nada extraño ya.—Estrano deberá vd. decir, señor, y enseñaban, no enseñaban. Y sepa vd. que no tengo de parar hasta susprimir todos los tildes de las *eñes*.—Empeño singular por cierto!—Señor, el empeño no es tan infundado como á vd. le podrá parecer. Porque crea vd., señor, que la causa de todos nuestros males no es mas que *un tilde*.—Vaya, vaya, tú sueñas.—No sueno, señor, no sueno: déjeme vd. á mi.—Pero en tal caso serán muchos tildes.—No señor, no es mas que uno; el de la *ene*.—Hombre, sino te esplicas, no te entiendo un solo tilde.—Voy á esplicarme, mi amo, Vd. bien sabrá el cuento de aquellos dos



padres, uno jesuita y otro franciscano.—Tildes, cuentos y frailes.... buen potage me armarás tu. Vamos á ver ese cuento, hombre, vamos á ver.

Pues señor, estos eran dos frailes como nosotros.—Mira, Tirabeque; para uada se necesita mas consecuencia que para mentir. Acasbas de decir que el uno era jesuita y el otro franciscano, y ahora empiezas el cuento diciendo que eran como nosotros dos.—Válgame Dios, mi amo Fr. Gerundio, qué material se me va vd. haciendo. Digo que eran *dos* como nosotros, y *frailes* tambien como nosotros, con que eran *dos frailes* como nosotros, pero no eran como nosotros, porque el uno era jesuita y el otro franciscano. Y deciale el franciscano al jesuita: hombre, yo no sé como mil diablos os las gobernais vosotros, que sin pedir á nadie os vais enriqueciendo y haciendo los amos de todo, y nosotros toda nuestra vida pidiendo cada uno por su lado y agarrando cuanto podemos en conciencia pillar por delante, nunca podemos salir de pobres.—Pues mira, compañero, le respondió el jesuita; eso consiste en una cosa muy sencilla.—Pues en qué consiste? le volvió á preguntar el franciscano.—En un tilde no mas, le volvió á responder el jesuita.

—¿Cómo en un tilde? preguntó otra vez el franciscano.—En el tilde de una letra, le contestó otra vez el jesuita.—¿De qué letra? volvió á preguntar el franciscano.—De la *ene*, volvió á responder el jesuita.—Acaba tú con mil diablos el cuento, si quieres.—Voy, mi amo. Dijole por último el jesuita al franciscano: «Todo consiste en que nosotros vamos todos á *la una*, y vosotros á *la uña*».

Desde que supe este cuento, señor, no puedo ver un tilde, no puedo ver una *eñe*, porque no hay quien me quite de la cabeza que el tilde ese es la causa de que nos veamos como nos vemos.—No veo yo la aplicacion que eso pueda tener á nuestro estado.—Pues poco tiene que ver, señor. ¿Los carlistas no eran ahí un puñado de hombres, y ahora si nos descuidamos les falta poco para ser tantos como nosotros?—Eso es verdad.—¿Y en qué consiste eso? En que han ido á *la una* como los jesuitas: y los nuestros los mas han ido... *al tilde*, señor; no quiero decirlo claro, porque me dá rabia. Y si por mi fuera, á los que se han entildado les habian de arrancar los tildes de las manos.—Fuerte y vehemente estás, Tirabeque, y un tanto injusto tambien. Es cierto que los carlistas por nuestra desgracia nos ganan



en ir á la una, pero tambien nos esceden en ir á la uña.—Pero á lo menos ellos van á las dos á un tiempo, señor, y los nuestros no van mas que á la tilde. Y sobre todo en ellos ya se dá por supuesto; pero nosotros que la echamos de puros, limpios y castos en pensamientos, palabras y obras.... en los nuestros no tiene perdon de Dios, señor.

Cuando yo veo algunos que no hace nada eran unos pelafustanes como yo, gastar ahora un lujo como unos principes, mientras otros que fueron algo toda su vida se andan cayendo de necesidad por las calles, luego digo: «estos son del tilde.» Y crea vd., señor, que si no se paga á nadie y la cosa está como está, todo consiste en que ha habido muchos que han ido á la del tilde; y creame vd. á mi.—Si lo sé de sobra, Tirabeque: ¿pero qué remedio ponemos á eso ya?— Qué remedio? Mire vd. señor. A cada uno debe castigársele por donde mas peca, como el otro que estaba en el infierno, y cuando los gusanos le empezaron á roer por cierta parte decia: ¡ay que me comen, ay que me comen por donde mas habia pecado! Pues á los que pequen por el tilde cortarles los tildes de las mangas, señor, como he hecho yo con los tildes de las pruebas. Al que por la uña peca

castigarle por la uña.—Te me representas hoy, Tirabeque, semejante á Sexto Tarquino, cuando descabezó las adormideras del jardín para significar que así convenia cortar las cabezas de los magnates.—Señor, yo no entiendo de mas dormideras que el tilde es la causa de todo y que es menester cortarle.

Efectivamente, hermanos gobernantes, el robo y la malversacion (es fuerza repetirlo mucho) son la causa principal de nuestros males. Castigar á los malversadores es la primera necesidad. Si lo hacéis, tendréis el debil apoyo de Fr. Gerundio : si no.... ni el de Tirabeque.

---

#### CHICHARRAS Y NACIMIENTOS.

---

Habíanme dicho (á mí Fr. Gerundio) que Madrid en el verano era un chicharrero, y así lo esperimenté bien á mi costa en el próximo pasado, primero de mi residencia gerundiana en la corte. Pero pasó aquél, y cuando creía poder cantar victoria al menos hasta el venidero julio, me encuentro con que en el rigor del invierno es un chicharrero tambien. Con la diferencia que en julio y agosto calentaba la chicharra, y en diciembre *cantan* las



chicharras. El chicharrero del verano derretía los sesos, el del invierno atruena los oídos. Si alguno piensa que es mi ánimo aplicar este nombre á la garulla y confusa gritería que se armó en el salón del Espíritu-Santo la tarde del miércoles entre la tribuna pública, el esquilon del presidente, las voces de los padres de la patria, las riñas y las amenazas, los retos y las mediaciones, los gritos y los murmullos de todos á un tiempo, está muy equivocado. No pienso decir una palabra de semejante escena. Si cree que lo aplico á las que después pasaron en el salón de columnas, se engaña también. No quiero yo ahora meterme en si éste desafió, si el otro levantó la mano, si fué insultado ó no el gobierno, si Castro, si Mon, si Hompanera, si Mendizabal, si Armero, si éste, si el otro, si el de mas allá, si aquello fué un escándalo ó no fué un escándalo, si fué, si vino, si hay que disolverlas ó no hay que disolverlas, si fué chicharrero ó no fué chicharrero; me he propuesto no solo, no llamar aquello chicharrero, ni gallinero, ni nada, sino ni nombrar siquiera á los que actuaron en aquella escena. Porque ¿qué adelantaba yo ahora con nombrar ni á Castro, ni á Mon, ni á Hompanera, ni á Mendizabal, ni á Armero,

ni aun á Cordero mismo , que cuando un Cordero se irrita ya debe ir buena la cosa? Y así ven vds. que hago estudio en no nombrarlos. Aquí me vienen á decir si Castro y Mon fueron los primeros que se desmandaron ; yo no me meto en esas cosas ; como que de intento ni siquiera hago mencion de ellas. Que si salian ó no salian muchos diciendo: «esto es un escándalo; que nos manden volver á nuestras casas y será lo mejor, porque esto no puede parar en bien.» Lo dirian , pero por mi parte libre está que lo tome en boca. Ni una palabra he de decir de la sesion del miércoles : lo que es por mí seguro es que nadie sabrá *ni esto* (con la uña del pulgar en un incisivo.)

El caso es que no sé como me he metido en semejante materia , porque yo no iba á hablar mas que de chicharras , y de chicharras determinadas, cuales son esos juguetillos de carton que se ponen de venta todos los años por este tiempo , segun dicen , en la plazuela de Sta. Cruz , así llamados por la semejanza del ruido que hacen pasando los dedos por un hilo de seda encerada que les ponen , con el canto de aquel insecto. Figúrense vds. unos cuantos centenares de chicharras cantando á un tiempo y constantemente con su acompañamiento



de rabeles y zambombas de que hay igual provision en las mismas tiendecitas para uso y consumo de niños antojadizos y de madres condescendientes, y calculen vds. si será la plazuela de Sta. Cruz un chicharrero regular, y si se necesitarán oídos de resistencia para sufrirlo.

Véndense en la misma plazuela multitud de nacimientos, adoraciones, estrellas, pastores, portalitos de Belen y Jerusalenes, con sus alrededores de bosquecillos, peñascos, prados, fuentes y arroyos, labradores, lavanderas, ganado lanar y vacuno &c.; todo de barro ó de carton imitando mas ó menos al natural. De modo que la tal plazuela en estos dias por un lado parece el compendio de la Palestina, y por otro representa la Arcadia en miniatura. Allí un poeta ni sabria si componer una égloga á Salicio y Nemoroso, si un villancico al niño Dios, ó unas acaloradas endechas á las malditas chicharras y á los chirriadores rabeles. La música de estas precede cuatro ó cinco dias á la esposicion de los *nacimientos*, anuncio zambombil y chichacherro de la venida del hijo de Dios á la plazuela de santa Cruz, que se hace en la capital de la España católica, y que no sé yo como pueda coheres-

tarse ni por el lado de la religion ni por el del buen gusto. Reíame yo cuando leía en las historias griegas la costumbre que nos refieren habia en algunas islas del Archipiélago de que cuando la muger de algun griegote notable empezaba á sentir los primeros dolores de parto, juntábanse los vecinos, amigos y parientes y atronaban la casa y calle de la parturienta con una música de timbales, calderas, cazos y sartenes que seria una delicia el oirla. Y no cesaban hasta que la matrona salia del paso, como decimos por acá. Lo cual dicen que hacian para ahuyentar los malos genios que quisieran apoderarse del recién nacido, y maleficar su espíritu. Y en verdad que el medio no dejaba de ser eficaz, porque necesitaban los señores genios no tener ni sensibilidad ni oido para que no fuesen echando diablos con semejante concierto. Reíame yo, digo, de esta ridícula costumbre de los gentiles, y me encuentro ahora con que igual obsequio hacen en Madrid á la madre de Dios en los dias que preceden al parto de su divino hijo.

El dia que mi Paternidad fué á dicha plazuela á ver los nacimientos, lo mismo fué acercarme á la primera mesita, que decirme una mujer: «caballero, ¿me compra vd. un peñas-



quito?»—Ay, hija mia! la contesté; con que no me atrevo á comprar bienes nacionales, aunque sean tierras de pan llevar, porque no me inspira confianza la marcha de estas cosas, y quiere vd. que emplée el dinero en peñascos! —¿Quiere vd. una buena estrella? se la daré arreglada.—¿Es fija ó errante?—Es fija, señor, que está clavada aqui en esto con una punta de París: pero las tengo sueltas tambien si vd. las quiere. Mire vd., aqui tengo una con un buen rabo.—Pero esa será cometa.—Es la que veian los Reyes Magos cuando iban al portal de Beien.—Pero en ese caso debería estar á este otro lado, porque los Magos venian de Oriente.—A ese lado tengo otras, pero no son de tan buena calidad.

Dejé este puesto, y me acerqué al que le seguia. Este era un cuadro muy histórico. Por unas cuevas bajaban una porcion de turcos, unos á pie y otros en camellos con mucho lujo y acompañamiento. Yo creia que aquello representaría el viaje de Mehemet-Ali á Senaar acompañado de sus kurdos para hostilizar á Haliz-Bajá, y aun compadecia el apuro en que se verian las tropas del Sultan, si el almirante Roussin y lord Pomsomby no impedian que vinieran á las manos. Pregunté si

realmente significaba esto aquel paisaje, y me respondió el vendedor que no, que aquellos eran los Reyes Magos que iban á Belen á adorar al niño Dios. Entonces reparé en un edificio con sus magníficas columnas como la entrada de los ministerios, al cual llamaba él el portal, y en efecto se veía interiormente un niño desnudo metido en una como escupidera, que sin duda querrian que representase el pesebre. A la derecha del portal se veía una magnífica casa que me pareció semejarse mucho al palacio de Villahermosa, y junto á él una fuente de gusto moderno bastante parecida á la de la Red de S. Luis, que sin duda sirvió de modelo. Los trages de las personas que figuraban en aquel nacimiento, prescindiendo de los turcos, todos eran como los que se ven diariamente en las calles de Madrid. Me reí de aquel anacronismo de nacimiento y seguí adelante.

¿Quiere vd. un buen pastor, caballero?—  
 ¿Es Títiro, ó Melibéo?—No señor, no es títere; los títeres los tengo en aquella otra mesa; si quiere vd. alguno, bailan bien y se los daré á vd. baratos.—Tómeme vd. una lavandera.—  
 Caballero, cómpreme vd. este par de bueyes ó estas ovejas.—¿Quién me compra un S. José?



—Señor, estos dos niños que me han quedado.  
 —Este rebañito, ¿quién me le compra?—La-  
 bradores, labradores buenos.—¿Quién me lleva  
 esta Virgen Santísima?—Señor, quiere vd. un  
 camello ó un borriquillo?—Lléveme vd. este  
 pobre espulgándose al sol, que es bueno.—  
 ¿Buscaba vd. el ángel de la anunciacion? Aquí  
 le tiene vd. junto á este Herodes.

— Pensé en abandonar aquel infierno abrevia-  
 do y me bajé por los portales á la plaza Mayor  
 donde entre los tambores y pauderetas, los  
 puestos de granadas y dulces, los pabos y los  
 caballos de la requisa encontré á mi buen Ti-  
 rabeque.—¿Qué haces aquí, Pelegrin?—Nada,  
 señor, me ocupo en los preparativos para la  
 próxima campaña, pues como dijo ayer el Sr.  
 ministro de Gracia y Justicia en el Congreso,  
 el mes de diciembre vá que vuela, y si uno se  
 descuida....—No entiendo qué nueva majade-  
 ria es esa ¿qué preparativos tienes tú que ha-  
 cer?—Déjeme á mí señor y no me haga perder  
 el tiempo, no quiera parecerse á los diputa-  
 dos que todos los dias interpelan á los minis-  
 tros para saber lo que hacen, y á fuerza de in-  
 terpelar no les dejan hacer nada.—¿Sabes, Ti-  
 rabeque, que cada dia te vas mezclando mas en  
 asuntos que distan mucho de tu esfera?—Señor,

no se enfade que esa idea no es mia, desde la tribuna pública lo he oído.—Vamos dejate de cuentos y dime que preparativos son los que meditas—Permitame marchar señor y no me apure que llevo mucha prisa y no es conveniente que le revele por ahora mis planes porque se desvirtuarían.—Tu quieres hacer que pierda la paciencia—Señor, no se me alborote ni riña que no estamos en el salon del Congreso. Le prometo que antes de pocos días ha de ver los efectos de mis preparativos; y por ahora perdone, señor, que le deje que no puedo aguardar mas.—Pelegrin, Pelegrin.... Sí échale un galgo; este lego me vá perdiendo el respèto y será preciso tomar una medida. Veo que no basta mi autoridad para reprimir sus demasías por los medios ordinarios y lo voy á declarar en estado de sitio.

---

¡ Oh capillada! Muy á disgusto mio has salido. Pero gracias si ha podido llenarte un Fr. Gerundio que sobre estar de mudanza de celda, tiene su calentura bastante regular que cree será de resfriado.

---

*Imprenta de D. F. de P. Mellado, Editor.*